EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV — **DECANO DE LA PRENSA LOCAL** — NÚM. 10804

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.- **Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 7 DE NOVIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiegos.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, pods, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

COLABORACIÓN INÉDITA.

La esperanza de la loca

Novela eléctrica.

I.

En una calurosa tarde del mes de Julio, jadeante por la fatiga, caminaba un joven elegantemente vestido á la europea. ¡Tan elegante, que era imposible poder creer que aquella caminata la hiciera á pié, y sin embargo, llevaba andando cerca de tres días, todo lo de prisa que ya sus débiles piernas le permitían.

Al dar vista á un caserío, que no muy lejos de Tánger existe, estuvo vacilando entre descansar en aquella casita ó seguir adelante.

Tras de corta reflexión y vencido sin duda por el cansancio, se dirijió resueltamente á la casa, á tiempo que una hermosísima joven salía de ella, vestida también con elegancia impropia de la que en caseríos aislados habita, pues más parecían sus ricas galas, ornato de sultana que traje de campesina

Pero en el momento de ver al joven se volvió presurosa, cerrando por dentro la puerta violentamente, no sin decir:

—«Arturo, por Dios, ocúltate y á la noche hablaremos».

El caminante se tornó pálido, balbuceando algunas palabras imposibles de comprender; pero que demostraban la admiración producida por alguna cosa extraordinaria. Comprendiendo sin duda el peligro de ser visto, corrió á ocultarse detrás de la casa.

II.

Sidi Ben Yussuf era hijo de una de las familias más distinguidas de Marruecos, pues que ostentaba innumerables títulos y gerarquías, y sostenía relaciones amorosas con la no menos distinguida hija de Sidi-Aben-Abdala, emir de gran prestigio y dueño de infinidad de Palacios en los cuales podía verse su arbol genealógico y por ende su antigua nobleza representada en una de las ramas por emperadores.

Con estos antecentes se comprenderá fácilmente que Sidi-Aben Abdalá era hombre apegado á su religión y que había de mirar mal todo aquello que del orden tradicional y de sus costumbres se saliera y por esta causa jamás hubiera consentido unir su hija al apóstata y revolucionario Yussuf como él le llamaba.

El distinguido joven apenas tuvo el criterio suficiente para escoger el camino que más conviniera á sus ideas, empezó por abrazar la religión del Cristiano, donde tomó el nombre de Arturo, entregándose después, con el ardor propio de sus años, á la obra más santa y noble de la humanidad: á recabar libertades para su pueblo, trabajando por su conversión al cristianismo, única forma de religión en su sentir que podría dar la dicha eterna.

Pero como las luchas, siquiera tengan tan noble objeto, no son suficientes para llenar las aspiraciones de un corazón de veinte años, se enamoró locamente de María (nombre con que designaba á la hermosa africana y que nosotros seguiremos dándole); se enamoró, decimos, con el fuego de que son capaces los que sienten vocación por los grandes ideales.

Ella le amó también. ¿Y cómo nó, si en aquellos ojos veía estereotipada la lealtad y más dentro todavía pudo observar ligeramente la gran energía de aquella alma dividida por igual entre su amor y sus ideas?...

Le amó con toda su alma, cual correspondía á aquel hombre, todo corazón, todo grandeza. Y para mostrarse digna de él, arrostró impávida la altiva mirada de su padre, confesándole su pasión por el apóstata, por el revolucionario, aun á trueque de exponerse á las iras del nobilísimo y severo Sidi-Aben-Abdalá, quien sólo al ver el nombre del que su hija escogiera para esposo, juró por Alah y por la memoria de todos sus antepasados, no consentir semejante desatino, prefiriendo ver muerta á su hija antes que entregada al que juzgaba perturbador indomable, al enemigo de su religión.

Como era hombre de resolución, fingió inmediatamente un viaje á Tánger, llevando á su hija á la casita donde la hemos visto en el primer capítulo y á donde la propaganda que Arturo venía haciendo le había llevado.

III.

Por lo deprisa que la joven cerró la puerta puede comprenderse su temor de que alguien viera á Arturo, como así sucedió, pues apenas el joven había andado unos cuantos pasos con objeto de ocultarse, fué rodeado por tres moros que le exigieron se marchara inmediatamente si no quería exponerse á las iras de su señor.

Sucede á menudo que cuando estamos bajo la presión del más fuerte, y aun teniendo por segura la pérdida de todas nuestras aspiraciones, es cuando más deseo de rebelión se siente, y esto ocurrió con Arturo, que aun sabiendo seguramente que el oponerse al mandato del déspota, llevaba consigo la lucha con él y por lo tanto la pérdida de María, no pudo contenerse y contestó con ánimo resuelto y decidido:

—¡Decid á vuestro amo que no me marcho hasta que personalmente me lo ordene!

No hubo necesidad de mandar el recado, pues Sidi-Abdalá, que sin duda estaba escuchando, salió con dos alfanges bajo el brazo, ordenando á sus siervos, mas bien con el gesto que con la palabra, los dejaran solos; y con un desdén rayano en insulto arrojó á los pies de Arturo una de las armas, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Defiéndete ó te mato como á un perro!...

—Me defenderé para convencerte de lo que soy; pero sin ánimos de herirte, porque no quiero interponer entre María y yo, una barrera de sangre.

Y acto seguido se preparó para la lucha, sin observar que el viejo moro hacía una seña á uno de sus esclavos que inmediatamente amartilló una pistola como si estuviera encargado de la defensa de su señor.

El cielo se encapotó en aquel momento, tomando el tinte grisáceo que á las grandes tormentas precede, y se oyó á lo lejos retumbar el trueno.

Es que la naturaleza protestaba de aquel duelo desigual en el que todas las ventajas hubieran estado por parte del jóven sin su decisión de mantenerse tan solo á la defensiva.

El ataque fué rápido y seguro por parte del anciano musulman, pero cuantas veces intentaba herir, encontraba la hoja de Arturo que recibía firme los golpes sin quedarse ni un instante al descubierto.

La agilidad y destreza del contrario y la falta de energías propias de la avanzada edad, hicieron quedara el padre de María varias veces al descubierto, tocando otras tantas el acero de Arturo, pero sin herirle y solo para demostrar al adversario la generosidad y delicadeza de sus sentimientos.

Cualquiera otro al ver esto hubiérase mostrado indulgente con quien de tal manera obraba, pero el emir, ciego de furor y de rabia ante la imposibilidad de vencerle, gritó con voz de trueno:

—¡Abú! ¡fuego!

Se oyó una detonación y el cuerpo del joven cayó pesadamente, al mismo tiempo que María, con la desesperación pintada en el semblante, adivinando quizá la horrible traición se asomaba á una de las ventanas, atraida por el ruido del disparo. Al ver á su amado tendido en tierra, saltó ligera abrazándole á tiempo que con inefable sonrisa y en las últimas convulsiones de la agonía, gritaba Arturo fijando en ella sus vidriosos ojos: ¡Viva!.....

La voz expiró en su garganta sin terminar la frase, pero en aquel instante la cárdena luz del relámpago iluminó la escena, y antes que se oyera el estampido del trueno, quedó el cuerpo del moro reducido á polvo por una exhalación, concentrando al mismo tiempo su luz rojiza en la boca de Arturo como complemento de la frase que sus labios, al morir no pudieron pronunciar...

IV

Algunos años han transcurrido y allí se vé todavia el cadáver de un joven, perfectamente conservado y á su lado, en muda contemplación, la pobre María, loca por el dolor, peró centelleando en su mirada una esperanza que á todo el que á contemplar el grupo se acerca explica de este modo:

—«Mientras el sol que nos alumbra apadrine la mentira y la barbarie, no se levantará mi Arturo; pero su cadaver perfectamente conservado recibirá su alma el dia en que el pueblo salude la nueva era de verdad y progreso.

Enrique Cerezo.

Microscópicas

Cuando llegó á la edad en que la ley obliga á la contribución de sangre, *metió la mano en quintas*, y su mala suerte le adjudicó una bola negra, que llevaba aparejada el fusil y el uniforme del soldado.

Estaba encendida entonces la guerra carlista. En el Este, en el Centro y en el Norte, se batian bravamente los soldados del gobierno con los defensores del trono y el altar. Hacía falta nutrir los batallones, ya mermados á fuerza de combates y tras una instrucción sumarísima, partió á campaña el nuevo militar, animoso y decidido á dar su sangre defendiendo la enseña roja y amarilla ante la cual había jurado ser fiel.

Durmiendo al raso; pasando las noches entre nieve, ya sirviendo de escucha ó de centinela; comiendo unos días y ayunando otros; marchando y contramarchando y haciendo fuego á toda hora y oyendo silbar en sus oidos las balas enemigas, pasó meses enteros, aprendiendo prácticamente cuánto es el sufrimiento del soldado en la guerra.

* * *

Cuando los cubanos se rebelaron contra España hacía ya mucho tiempo que el soldado había vuelto á su hogar. La suerte, unida á un trabajo constante, le había hecho dueño de un capital relativo; y al ver marchar á Cuba los soldados, renováronse en sus huesos y en sus carnes los sufrimientos de otra época; y midiendo los padecimientos de los que iban á la guerra por los suyos de otro tiempo, sintió el deseo de dar algo de lo suyo á los que iban á derramar su sangre por la patria.

Cada vez que se ha anunciado la salida de una fuerza se ha visto entrar en el cuartel la pipa de vino del industrial modesto, que, recordando sus tiempos de soldado y sus tristezas, aconsejaba al uno, animaba al otro y con todos reía y gozaba, pensando en los efectos que produce el obsequio más nimio en el que estando para marchar á la guerra, no tiene familia que lo despida ni amigos del alma que por él se interesen.

Cuando marchen á Cuba los soldados de España y Sevilla y coman en tierra el último rancho, faltará en el cuadro una figura: la de Juan Martínez.

Seguido por millares de personas ha sido llevado al cementerio.

Y cuantos formaban el cortejo fúnebre se hacian lenguas del patriota entusiasta, del soldado de otro tiempo, del industrial de la semana pasada, del muerto de ayer.

RAUL.

Cosas estupendas

Los tribunales franceses han ocupado estos días de un proceso célebre, en el que han jugado principalísimo papel personas de nobles pergaminos pero no de corazón.

Una señorita con tacha que se casó por anuncios de una agencia matrimonial.

Un noble arruinado, que entró por todas, aun por el hijo natural con tal de tener dinero.

Un clérigo solapado de malas intenciones y peores hechos.

Unos profesores que lo enseñaban todo, sin descuidar la explicación del feo pecado que llamó sobre Sodoma y Gomorra el fuego del cielo.

Y un niño inocente, víctima de su madre, de su padrastro, del cura y de sus profesores; un pobre ser que va por donde lo llevan, buscando á su madre, sin que esta le diga jamás «yo soy.»

Esos son los actores del drama terrible. Con ellos se ha hecho en la vida real una novela que parece tan inverosímil como las que se publican en los periódicos en forma de folletin.

Un día pasó algo terrible en el alma del noble que pasó por todo casándose con la señorita sin tacha. O le mordió la envidia ó la venganza. Tal vez hizo mella en su espíritu el deseo de quedarse con la pensión del hijo natural y, sacándolo del colegio donde se educaba, lo llevó consigo á Nápoles. Y una noche, en que el viento soplaba con furia, arrastrando con estrépito las olas en el golfo, le hizo subir con él á una altura y, empujándolo con odio profundo, lo lanzó al espacio.

El pobre niño quedó muerto al pié de las rocas, con la cara vuelta al cielo, como pidiendo justicia contra aquel feroz atentado.

Diez años ha estado oculto el crimen, pero la providencia ha levantado el velo que lo cubría y ha puesto de manifiesto á la víctima y á los verdugos.

Por ante el tribunal francés han desfilado la señorita con tacha, hoy marquesa de Hayde, que acusa de asesino á su cónyuge; el clérigo de las malas intenciones y peores hechos, que acusa también al delincuente, guiado por el deseo de que yendo este al palo, se quede viuda la señorita para casarse con ella; el procesado que cuenta historias terribles, cosas que dan asco, que repugnan y dan miedo al par.

Sin embargo, el jurado francés ha absuelto al noble que se casó con la señorita que, no obstante la escena feroz del golfo de Nápoles, resulta más simpático que todos los otros.

¡Cómo serán los demás!

Cuando vemos al jurado español dar un veredicto de inculpabilidad en causa por homicidio nos alarmamos.

¿Qué nos pasaría si viéramos que no resultaba responsabilidad para nadie en un asunto tan negro como el que ha ocupado últimamente al jurado francés?

CUENTO

Pues señor; que cierto día,
de esos que brillantemente
luce su luz esplendente
el sol de mi Andalucía,
un jitano socarrón,
de [illegible] en el espejo,
contempló su rostro viejo
con más barbas que Sansón.
Y decidido á quitarse
de encima las tales barbas,
fué en busca de un rapabarbas
con objeto de afeitarse.
Por fin, su sacia dejó el umbral de
la puerta hallá que [illegible]
que, como muestra ostentaba
una vacía ya vieja,
y en sala de techo baja,
sobre una mesa de pino,
un espejo harto mezquino,
el jabón, brocha y navaja.
Al ver al gitano entrar
un hombre púsose en pié
y le dijo:—Pase usté.
—¿Qué va á ser?
—Pues afeitar,
pero á [illegible]
—Tome asiento.
—*Camará*; venga jabón